

pletamente despejada y alerta. Este oscurecimiento de la razón nace, no ya de un movimiento impetuoso de la pasión, como en los pecados de incontinencia, sino de la perversión habitual del apetito sensitivo; y no de una perversión cualquiera, sino tal, que pasa la raya de las pasiones humanas y da al hombre afeciones y operaciones propias de bestia: lo propio del hombre es siempre la razón; lo propio de la bestia es la fuerza bruta; así, pues, las operaciones enderezadas al mal en que predomina la fuerza bruta, nacen de una disposición que con razón se llama bestialidad: los pecados nacidos de ella se castigan en el Infierno inferior.

Coinciden estas tres disposiciones que enumera el Estarigita, con aquellas otras de los teólogos y moralistas cristianos, según los cuales los pecados se dividen en pecados de flaqueza (incontinencia), pecados de ignorancia o ceguedad (bestialidad), y pecados de malicia; y coinciden, subiendo hasta la raíz, con aquellas heridas que la humana naturaleza recibió del pecado original y sigue recibiendo de los pecados actuales: *herida de ignorancia* en la razón; *herida de malicia* en la voluntad; herida doble en el apetito sensitivo, por ser dos las partes que en él pueden distinguirse; *herida de concupiscencia* o intemperancia en la concupiscible que se ordena al bien deleitable; *herida de flaqueza* o